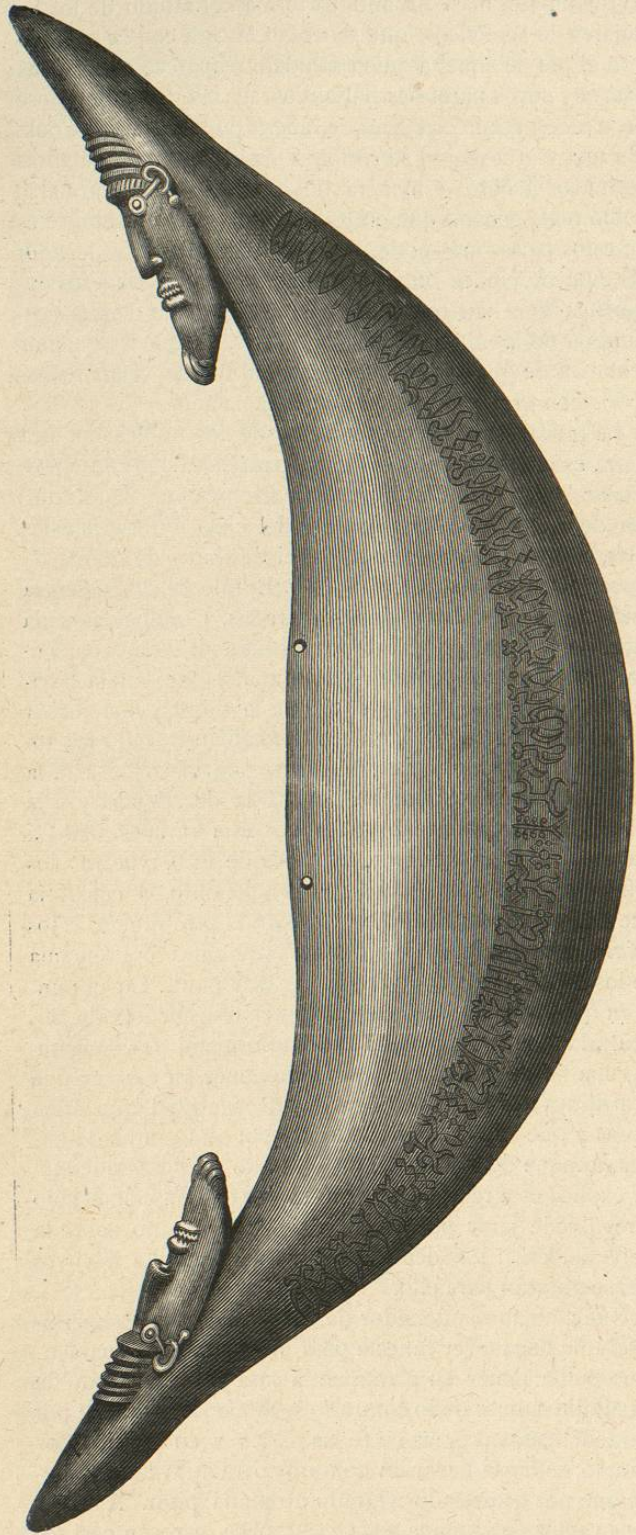


tamente vienen después de él son sus hermanos y sólo á falta de éstos pasa la dignidad de caudillos á los hijos; pero cuando el caudillo tiene que partir de embajada deja temporalmente á su hijo para acreditarle el bastón y el mosqueador. Otras veces, el emisario del rey lleva una rama



Peto de madera cubierto de jeroglíficos, de los caudillos de la isla de Pascua (*Christy Collection, Londres*), de su verdadero tamaño.

verde. El jefe sagrado tiene su complemento necesario en una especie de primer ministro que cuida de que se cumplan las disposiciones del príncipe y que en los asuntos de escasa importancia suele ser el mismo *toa*, caudillo de la guerra. En las municipalidades de Samoa, el padre de familia que funciona como ministro convoca en nombre

del caudillo la asamblea para administrar justicia. Estas funciones suele también desempeñarlas un sacerdote: tal sucede en las islas hawayas, en donde después del *kahuna* hay el sacerdote que habita con el príncipe en calidad de *kahuna nui*, sumo sacerdote y que cuando el reino está amenazado por algún peligro de guerra convoca á todos los kahunas del país, con los cuales suele deliberar acerca de la mejor manera de emplear los *akúas*, por ellos venerados, para defenderse contra el enemigo nacional. De esta suerte, la monarquía adquiere indirectamente un doble carácter que se trasluce en las mismas ceremonias de la corte, aun en aquellos puntos en que, como en Samoa, el representante del caudillo ocupa una posición poco elevada. Cuando el rey de la Gran Tahití recibió á Cook y á Furneaux todos los presentes al acto, así hombres como mujeres, se desnudaron los hombros, deber de que únicamente estaba exento un *hoa*, textualmente *hoa note eri*, amigo ó acompañante del rey. Al penetrar en aquellas regiones la noción europea del Estado, pudo muy bien suceder que no les pareciera á los hawayos extraña ni nueva la idea constitucional del primer ministro responsable, cargo que introduce la constitución de Kamehameha III cuando dice: «El rey debe nombrar primer ministro á un caudillo de categoría y de condiciones, empleo que ha de ser como el de Kaahumanu I y II, pues ya en tiempo de Kamehameha I en manos de Kaahumanu estaban la vida y la muerte, la condena y la absolución. Cuando falleció Kamehameha I, su voluntad fué:—El reino pertenece á Liho Liho y Kaahumanu es su ministro.—Este importante rasgo característico en nuestro gobierno impreso por Kamehameha I ha de subsistir en las islas hawayas.» Una de las cosas que especialmente se prevenían era que los cuatro gobernadores de las islas debían estar sometidos no sólo al rey sino también al ministro.

Del séquito inmediato del rey forman parte, además, los guardadores de las insignias del reino. En Tahití, el *tiai hiava* era el funcionario encargado de custodiar las insignias reales que consistían en el *maro uru* (cinturón de plumas) y en el *ta umata* (banda de plumas). En Nukahiva dominaba la costumbre, relacionada con la santidad del fuego, de que el encendedor del fuego había de acompañar siempre al caudillo, ó en caso de ausencia de éste, de ocupar su puesto al lado de su mujer. Los caudillos conquistadores se formaban un séquito de gentes sojuzgadas: de esta suerte obligó Kamehameha á los caudillos de las islas conquistadas á vivir cerca de su residencia y á acompañarle. Dada la importancia que en esta comunidad aristocrática se concedía á la genealogía, los guardadores de la tradición constituían un elemento importante en la corte. En Nueva Zelandia, la tradición se comunicaba especialmente á los jorobados para que si los caudillos, padre é hijo, en quienes se conservaban las tradiciones de los antepasados, llegaban á morir en la batalla, quedara asegurada la continuación de las mismas en los lisiados que no salían á combatir.

Para expresar la idea genealogía usaban los tahitianos la frase *Mai tahito mai* («de los antiguos tiempos acá») y contaban por generaciones. En los *Anfau fetii* (*fetii*, familias) se conservaban los registros de las familias de los caudillos y en los *Anfau atia* los de los dioses: así se comprende que en Rarotonga pudiera seguirse la cuenta de 29 generaciones y en Mangarewa la de 27. Pero el objeto principal de estos primitivos archivos vivientes no era ciertamente la fidelidad histórica; de lo contrario, el rey Tamatoa de Raiatea no hubiera podido remontar la línea de sus antepasados hasta Tangaroa.

Jorge Forster y otros viajeros que describen la vida de los polinesios antes de que se introdujeran en este pueblo las armas de fuego, ensalzan en cada nueva isla que visitan la multitud de armas que en ellas encuentran y plantean la cuestión de cómo se compagina este hecho con el carácter bondadoso y pacífico de la mayoría de las tribus polinesias. Ahora, empero, sabemos que los polinesios de todas las tri-

bus son de carácter belicoso: algunas sobresalen especialmente en este concepto, sobre todo la de los maories que son uno de los pueblos más guerradores que se conocen y á quienes por esta razón se les podría llamar los zulús ó los apaches de Polinesia. También los marquesanos, tahitianos y hawayos, á pesar de habitar en territorios benignos que convidan á la indolencia, consideran la guerra como una



Un guerrero samoá, vestido de tapa (de una fotografía del álbum de Godeffroy)

necesidad que atraviesa toda su existencia como un hilo rojo, pero muy rojo. Los dos mil habitantes de las islas Paumotu que llevan, en su mayor parte, una vida miserable en sus roqueñas islas de coral, viven en lucha casi constante unos con otros y con los tahitianos, conquistando gracias á ello una importancia que no justifican la pobreza y la pobreza de su residencia. La población en otro tiempo numerosa de la isla Auaa (la principal del grupo), que Wilkes calculaba en 5,000 habitantes, sólo puede explicarse por el carácter belicoso de estos insulares que constantemente en guerra aportaban á ella prisioneros de todas partes y cuya fama guerrera era tal que los caudillos tahi-

tianos tenían á sueldo á mercenarios paumotus. En un espacio tan reducido como el que separa los valles vecinos de Taihu y Umii, en Nukahiva, reinaba un estado de guerra casi continuo entre las tribus de uno y otro lado, á consecuencia de lo cual eran punto menos que infranqueables las alturas que al rededor de estos valles se alzan. Precisamente la misma pequeñez del espacio contribuye á fomentar este estado de cosas: una colisión entre dos familias ó á lo sumo entre dos clanes es causa de interminables luchas de tribus. Cuanto más pequeños son los Estados, más odiosa é irreconciliable es su política. En Samoa, en donde hasta hace algunos años había diez distritos independientes

con otros tantos reyes, no podía evitarse, dado el carácter orgulloso y belicoso de los indígenas, que estallaran algunas luchas, pudiendo decirse que reinaba allí un estado de guerra permanente. De esto había de resentirse naturalmente el bienestar general, no sólo de los indígenas, sino también de los colonos extranjeros y de aquí que los constantes esfuerzos de los misioneros tendieran á conseguir la unión de los distintos distritos bajo la forma de un gobierno representativo. Pero todo fué en vano: los pequeños Estados han venido sellando desde hace mucho tiempo la ruina de Polinesia, mucho antes de que se pensara en la civilización y en la hiperultura europeas, siendo este uno de los obstáculos que obligaron á las raíces de la civilización polinesia á extenderse en vez de ahondar profundamente. Véase el ejemplo de los neo-zelandeses cuya historia, hasta donde alcanzan sus recuerdos, lleva impreso un carácter guerrero. Es también gráfico el hecho de que ya los primeros colonos que desembarcaron en la bahía de Plenty fueron atacados por unas hordas guerreras que se habían establecido en Kawhia y que prendieron fuego al bote Arawa en el que habían aquéllos venido desde Hawaiki. A consecuencia de este hecho estalló una guerra que se prolongó durante algunas generaciones. No menos característico es también el hecho de que cuando Cook fué por vez primera á Nueva Zelandia todos los indígenas con quienes estableció relaciones vivían en aldeas fortificadas. ¿Y no se convirtió, por ventura, toda la Nueva Zelandia, en los primeros años que siguieron á la introducción de las armas de fuego, en un inmenso campo de batalla de guerras civiles?

Esto no obstante, sería injusto considerar á los polinesios como quimeristas, pues todas sus guerras tienen á su modo de ver, un fundamento bastante: no combaten por el simple placer de contender, sino porque la lucha les parece ser la mejor solución de una porción de cuestiones litigiosas. Su dios de la guerra es el juez ante quien están continuamente dispuestos á apelar en casi todas las cuestiones de derecho que surgen entre tribu y tribu. Las violaciones del derecho de propiedad, el cultivo de tierras, la pesca y la caza en sitios disputables, son causas de guerra y más aún las violaciones del tabú, los matrimonios entre individuos de tribus enemigas, el asesinato, el adulterio, la brujería y finalmente las ofensas personales y la venganza, que son las más frecuentes. «Estas dos últimas causas — dice con razón un autor que describe perfectamente la Nueva Zelandia — eran imperecederas, pues en un país pobre en acontecimientos, las ofensas estaban más tiempo en incubación y el recordarlas y el hablar de ellas eran las únicas cosas que rompían la monotonía de la existencia.» En efecto, una de las tareas de las generaciones consiste en lavar las manchas hechas en el honor de sus antepasados y la venganza es uno de los principales deberes del caudillo. El individuo á quien otro ha ofendido diciéndole, por ejemplo, «¡ojalá que te coman!» ó «¡ojalá que tu cabeza sea arrojada en un puchero!» en vez de arrojarse sobre el ofensor y vengar su afrenta á puñetazo limpio, se dirige gruñendo á las gentes de su tribu para lamentarse del insulto recibido. Una de las guerras más sangrientas que desde 1840 asolaron el grupo de las Samoas, fué motivada por la ridícula susceptibilidad de un caudillo que se creyó ofendido. Las islas de los Navegantes ofrecen, al parecer, una prueba de que la envidia de la prosperidad de una tribu que trabaja en paz contribuye también en gran parte á esas continuas guerras. Que las mujeres figuran asimismo entre las causas de guerra se comprenderá tanto más cuanto que en Polinesia prevalece el principio, contrario á las demás costumbres, de que la que ha sido alguna vez esposa de un cau-

dillo lo es siempre. Tampoco faltan allí frecuentes guerras de sucesión.

Otro motivo de lucha son finalmente las complicadas relaciones de vasallaje, de las que encontramos notabilísimos ejemplos especialmente en Micronesia. Esos Estados vasallos no pagan tributo alguno, pero están en cierto modo ligados al Imperio director, es decir han de consentir que éste se inmiscuya en su vida social, cosa que en otras circunstancias no tolerarían. Con esto coincide el hecho de que en los reinos pequeños todas las relaciones personales tienen más valor que en los grandes, valor que aumenta todavía por la circunstancia de que los mismos lazos sociales están de tal suerte amalgamados en aquella forma de Estado semimonárquico semioligocrático republicano, que al deshacerse aquéllos forzosamente han de relajarse las relaciones políticas de los Estados (Semper). La naturaleza de estos hombres hace que ni rompan por completo ni se unan sin reserva: ni la guerra declarada ni la paz segura son allí una regla general. En este estado de continua incertidumbre, basta el más fútil motivo para que la balanza se incline á uno ó á otro lado: Semper presencié un combate naval entre las gentes de Korror y las de Aibukit que se decidió por haber hecho agua una canoa del primero, y aunque no pereció hombre alguno, los que habían sufrido la avería emprendieron la fuga. Aibukit pudo de esta suerte obtener una victoria y vió inmediatamente sometidos á su amparo una porción de pequeños príncipes, que podían más tarde abandonarle con otro motivo igualmente insignificante, porque no se puede prescindir ni siquiera de los enemigos.

De la misma manera que el trato pacífico, está sujeta en Polinesia la guerra, en la mayoría de los casos, á fórmulas rigurosas dentro de las cuales se mueve de una manera en cierto modo cándida. Los mismos que han de sufrir sus consecuencias la consideran inconscientemente como una necesidad práctica. Siendo, pues, la guerra un mal crónico, se adoptaron los medios convenientes para convertirla en una institución fija. La decapitación, que hace que la guerra se reduzca á un pequeño número de víctimas, es en parte objeto y en parte símbolo de la guerra, y sin embargo la institución de la danza guerrera, que más adelante describiremos, hace que sea fuente de grandes ingresos. La decapitación está minuciosamente regulada y no puede convertirse en un asesinato sin objeto, pues nunca se da muerte á más de un hombre: las dos partes beligerantes saben esto perfectamente y la astucia de la una encuentra en la otra una continua y escrupulosa vigilancia. Los micronesios sólo se lamentan de esta clase de guerra porque trae consigo la pérdida de un hombre, pero por lo general reconocen en ella una institución capital de su vida política, pues la estiman indispensable para proporcionarse los medios de atender á los gastos del Estado que el supremo caudillo paga de su peculio particular. Este, al tomar posesión del gobierno, se ve obligado á hacer muchos gastos, siendo los jefes de los distintos países los que costean todos los *muis*, *ruks* (véase pág. 476) y demás festejos. Y como estos países no pagan contribución alguna, estos gastos se han de cubrir de otra manera y á este objeto tiende la danza guerrera. El caudillo supremo recorre, con una cabeza que se han proporcionado sus guerreros, los distritos con los cuales está en relaciones amistosas, ejecuta en ellos la danza guerrera y recibe por ello una suma de dinero proporcionada á la extensión del territorio. A fin de evitar que el dinero se escurra por ningún lado, es regla general que cuando un país ó aldea ha conseguido una cabeza y la ha explotado suficientemente, ceda su puesto á

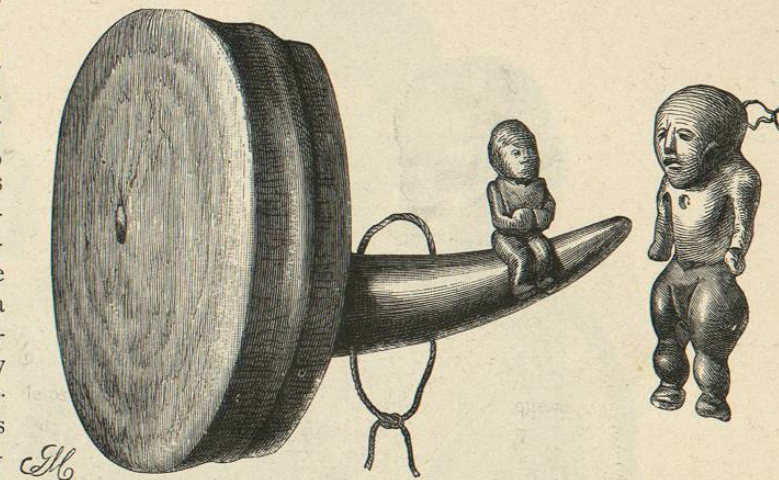
otro: de esta suerte se consigue por un medio extraordinario el fin ordinario de hacer circular continuamente el dinero.

Es, sin embargo, lamentable que en territorios más pequeños, como en las islas Marquesas, la guerra degenera en una incansante destrucción de campos de labor y de plantaciones. Así se comprende que las chozas de madera y de paja sean sustituidas por casas de piedra más sólidas, pues este estado de cosas existe en estos países desde muy antiguo—bien que antes la mayor densidad de la población hacia que revistiera mayores proporciones—como lo demuestran sobradamente los restos que en todas partes se encuentran de fortificaciones en las cuales debieron trabajar varias generaciones y las consideraciones estratégicas que se tuvieron en cuenta para el emplazamiento de las aldeas. Una simple aldea, como por ejemplo Ratmau, en la isla principal de las Palaos, no sólo es accesible únicamente por un canal estrecho, largo y tortuoso de fácil defensa en caso de guerra, sino que además está protegida por construcciones de piedra, baluartes, diques y escaleras, verdaderas fortificaciones que bastan por sí solas para demostrar la actividad y densidad de las antiguas poblaciones y sus necesidades bélicas. Esta aldea de Ratmau tiene una historia característica para el curso del desenvolvimiento político en estas comarcas: territorio en otro tiempo muy rico y muy poblado, fué sojuzgado por Korror y sus habitantes viéronse aniquilados los unos, dispersados los otros y los demás reducidos á esclavitud. Un resto insignificante de los mismos se estableció al otro lado de la isla, mientras sus antiguas residencias eran devastadas; pero al restablecerse la paz fueron de nuevo llamados á ellas. Refiérese también que cuando se sumergieron algunas islas que se levantaban delante del lado oriental de Baobeltaob, sus habitantes fueron á establecerse en Arapakit, isla deshabitada por haber sido exterminados todos sus pobladores.

La presencia de organizaciones permanentes de carácter militar contribuyó también poderosamente á la frecuencia de las guerras. Kamehameha I de Hawai fundó un ejército propio al que dió el nombre significativo de *Ikaheleia* (que come de pie) para indicar que estaba siempre dispuesto á la lucha. En las islas de la Sociedad existía una especie de casta guerrera que formaba el séquito permanente de los caudillos: en Tahití había mercenarios paumotus y en Tonga fidschianos, y aun en aquellos territorios respecto de los cuales no tenemos noticia alguna segura relativa á una organización militar, la misma rapidez con que en todos los países de Polinesia se imita esta faz del modo de ser europeo, demuestra una inclinación innata á ello. Por lo demás, la frecuencia de las guerras marítimas presupone cierta organización, pues la conducción de las embarcaciones de guerra sólo puede confiarse á personas expertas. Algunas veces se prepara la guerra durante la paz, por existir en cada distrito una aldea cuyos habitantes tienen el derecho de romper la batalla y son objeto en las fiestas de especiales atenciones: esta costumbre la vemos ampliada en Samoa en donde algunas aldeas vecinas, designadas según antigua costumbre en el campo de batalla, ocupan la categoría de *muaau* (vanguardia), *lotuala* (cuerpo principal) y *muriau* (retaguardia). El rango de vanguardia se considera como un puesto de honor y se estima en mucho porque en tiempo de paz asegura

una influencia notable y una participación en primera fila en todas las fiestas. En los combates navales, las canoas de una misma pertenencia se distinguen por algún signo común, ora un manojo de hojas de palmera, ora un trozo de tapa, ora una figura de animal (perro, pájaro, pescado) pintada sobre tapa. Los combatientes en tierra que pertenecen á un mismo grupo llevan también un distintivo que se cambia cada dos ó tres días para evitar estratagemas de guerra: estos distintivos consisten en pintarse en el cuerpo de negro, blanco ó rojo, determinadas figuras, en llevar una concha de marisco en el cuello en el brazo, ó en peinarse de una manera extraña.

Cuando entre los maoríes amenazaba estallar una guerra, los sacerdotes habían de decidir si sería favorable ó adversa: si los palos que clavaban en el suelo se mantenían en



Amuletos guerreros de dientes de ballena, de las islas Marquesas (Christy Collection, Londres) $\frac{2}{3}$ de su verdadero tamaño

pie era señal de que el resultado de la lucha había de ser funesto y entonces ésta se aplazaba; en el caso contrario, se cocían manjares para los dioses y los guerreros, después de lo cual el ejército emprendía la marcha seguido de esclavos y mujeres que cuidaban de los transportes y de la alimentación. Todos los guerreros eran tabús. La dirección de la guerra se confiaba al guerrero más famoso por su valor, pues los maoríes luchaban siguiendo más bien el buen ejemplo que los buenos consejos. El que quería ser general en jefe había de dominar aquel género de oratoria necesario para inflamar los corazones de los guerreros en los momentos que precedían al combate: en esta circunstancia había de ponerse delante de las tropas y con palabras ardientes debía narrar la grandeza y la fama de la tribu, el favor de los dioses, el valor de los antepasados y las ofensas no vengadas todavía; pero tenía que abstenerse, y esto es muy característico, de hablar del próximo peligro. Los guerreros maoríes no usaban bebidas embriagadoras que enardecieran su valor, pero necesitaban impulso y excitación, pues su naturaleza no les permitía atacar á sangre fría, teniendo que irse animando por grados hasta llegar á un estado de ánimo que más podía ser calificado de furor que de entusiasmo. Enardecidos por el discurso de su caudillo, comenzaban por tirar sus esteras, luego se pintaban los cuerpos con carbón y con el «sagrado» almagre y se adornaban con plumas la cabellera, y finalmente se lanzaban á la danza guerrera, en la que gastaban una buena parte de fuerzas físicas para encender en su corazón la pasión por la lucha. Esta danza consistía en ponerse en cuclillas colocados todos en filas una después de otra: una vez en esta posición, á una voz del caudillo